

Juliano II y la recuperación del romanismo clásico

Dr. D. Mariano Caballero Espericueta

Fundación Arthis

Resumen

En este artículo realizamos un repaso por la biografía del emperador Juliano II y analizamos su forma de gobierno, así como su pretensión de recuperar el esplendor de un imperio que, en el siglo IV, se debatía entre este hecho y la fragmentación y destrucción del mismo.

Abstract

In this article we review the biography of the emperor Julian II and analyze its form of government, as well as its claim to recover the splendor of an empire that, in the fourth century, was debated between this fact and the fragmentation and destruction of it .

Palabras clave

Imperio romano, Juliano II, apóstata, siglo IV, neoplatonismo, politeísmo, crisis del imperio

Keywords

Roman Empire, Julian II, apostate, 4th century, neoplatonism, polytheism, imperial crisis

Cuando Juliano II murió en tierras del imperio persa, desapareció con él uno de los últimos emperadores romanos —quizá el último— con un convencimiento pleno sobre la necesidad de salvaguardar la unión territorial de Roma, la seguridad interior y exterior, la grandeza del imperio y, desde luego, el papel que debía jugar la religión en un estado, supeditada a su máximo



responsable; el emperador. Su corto reinado —apenas duró tres años— unido a su etapa juvenil y sus hazañas como César de las Galias le han convertido en uno de los más interesantes personajes de la historia de Roma.

Su infancia

Flavio Claudio Juliano nació en Constantinopla el 7 de abril de 331 en el seno de la familia imperial. Su padre, Julio Constancio, hermanastro del emperador Constantino el Grande y su madre Basilina, hija del prefecto del pretorio Julio Juliano, se habían establecido en Constantinopla con sus hijos mayores tras un largo exilio provocado por Helena, esposa del emperador. El fallecimiento de la augusta facilitó el traslado de la familia al epicentro político del imperio; el nacimiento de Juliano en la parte oriental fue algo que le marcaría profundamente en todos los sentidos y en uno especialmente: su admiración por Grecia y el mundo clásico.

Muy pronto saboreó Flavio Claudio Juliano los desmanes de la dinastía a la cual pertenecía. Tras la muerte de Constantino el Grande en 337, la unificación del imperio que recaía en su persona se volvió a trincar por voluntad propia. A su muerte este ingente territorio fue nuevamente dividido entre sus hijos tras el reparto de Viminacium: Constantino II a sus 21 años heredó la prefectura de la Galia¹, Constancio, con sólo 20 le correspondió el Oriente y la diócesis de Tracia y con tan solo 16 Constante heredó Italia, África y la diócesis de Macedonia. La guerra civil no tardaría en sobrevenir. Los tres augustos tomaron posiciones en sus respectivos territorios; Constantino II se dirigió a su capital de Vienne, Constante partió hacia Milán y Constancio se instaló en Constantinopla. Constantino II murió tres años más tarde en la campaña con la que pretendía apoderarse de los territorios de Constante. A partir de 340 sólo quedaron dos emperadores, no obstante, una conjura encabezada por un oficial del ejército —el germano Magnencio— derrocó a Constante asesinándole. La última batalla por la reunificación se libró en la

¹ A la vez que ejercía la tutela de su hermano menor Constante.



Galia. El 28 de septiembre de 352, tras la batalla de Mursa, quedaba en manos del “divino emperador” Constancio II la totalidad del imperio.

Pero, ¿qué ocurrió años antes en Constantinopla?. Constancio, víctima de su desconfianza hacia todo posible pretendiente al trono imperial, sostuvo la existencia de un complot instigado por los hijos de Teodora, esposa de Constancio Cloro. Fue en septiembre de 337 cuando Constancio ordenó la purga familiar y asesinó, entre otros, al padre de Juliano². Sólo se respetó la vida de los hijos menores de Julio Constancio; Flavio Claudio Juliano y Flavio Claudio Constancio Galo, su hermanastro. Esta decisión debe asociarse a la corta edad de ambos —seis y doce años de edad respectivamente— y a su decisión de controlarlos mediante cautiverio y exilio.

Gracias a la decisión del emperador, Galo y Juliano se trasladaron a Nicomedia junto al obispo Eusebio permaneciendo bajo su protección cinco años. Acompañado por Mardonio, un eunuco que había sido preceptor de su madre, Juliano pronto se interesó por la tradición filosófica griega, recibiendo igualmente una educación esmeradísima. Si bien Juliano mantuvo una relación distante con su protector Eusebio, siempre le proporcionó protección y el contacto con la cultura a través de los mejores maestros, y así continuó cuando Eusebio fue nombrado en 340 obispo de Constantinopla. En esta época Juliano tomó contacto con el cristianismo y se interesó por las disputas entre ortodoxos y arrianos.

A los 11 años Juliano volvió a sufrir una desafortunada situación personal: Eusebio falleció súbitamente y los hermanos fueron trasladados a la residencia imperial de Macelo por orden del emperador. Esta vez se hizo cargo de ambos Jorge, obispo de Capadocia, y fue aquí donde los jóvenes se reunieron con Constancio II quien tras una visita al palacio decidió los destinos de ambos

² Constancio ordenó asesinar a sus dos primos césares Dalmacio y Anibaliano —cargo inferior al de emperador y presumiblemente sucesores de los augustos— a su tío Dalmacio (el padre de éstos) y al antedicho Julio Constancio, ambos hermanos del emperador fallecido. El imperio quedaba a su merced.



*nobilissimus*³: Galo se trasladó a Éfeso para incorporarse a la carrera militar, Juliano debía partir a Constantinopla para seguir su instrucción humanística; así lo hizo en junio de 348. La decisión con respecto a los destinos del nobilísimo Juliano estaba íntimamente ligada a la sugerencia del obispo Jorge a Constancio sobre la idoneidad de que éste se dedicase al sacerdocio, algo que a Juliano no le entusiasmaba, como veremos más adelante.

El joven Juliano

En Constantinopla tuvo entre sus maestros a algunos de los más famosos del momento, el gramático Nicocles Luco y el retórico Eccebolio. Asimismo el eunuco Euterio se ocupaba de las relaciones de Juliano con el gran chambelán Eusebio, alto funcionario que tomaba las decisiones sobre los destinos de Juliano. En 349 Eusebio permitió al joven erudito trasladarse a Nicomedia, ciudad universitaria sin parangón en el imperio. Fue en febrero de ese mismo año cuando partió para lo que algunos investigadores han definido “los años más felices de Juliano”. Junto a Eccebolio el joven recorrió lugares emblemáticos tales como Pérgamo, Éfeso —ciudad de la cual había partido hacia Milán Galo, para ser nombrado César— y en donde conoció a maestros de gran calado que resultaron fundamentales a la hora de abrazar los antiguos cultos politeístas, tales como Edesio o Libanio. Con ellos se educó en la παιδεία. Asimismo, Jámblico fundador de la escuela siria del neoplatonismo, autor de libros de enseñanzas de orientación pitagórica, fue determinante en el emperador Juliano.

Desde el punto de vista religioso, su inclinación hacia los cultos de la antigüedad siempre fue sincera. En marzo de 351 abrazó los misterios de Mitra a los cuales llegó tras haber madurado, debatido acaloradamente e, incluso, rebatido las enseñanzas de los maestros paganos que había conocido. Su nueva condición debió ser ocultada por seguridad; un miembro de la familia imperial no podía renegar de la religión que había sido adoptada por su linaje.

³ Titulo reservado para los miembros de la familia imperial. Hasta la visita del emperador a Macelo, Galo y Juliano habían sido privados de tal rango.



Paralelamente, el nobilísimo Constancio Galo fue designado César de Oriente. El primo del cual desconfiaba Constancio II se había convertido en su mano derecha en la parte oriental por varias razones; en primer lugar, la falta de descendencia del emperador había convertido a sus primos en únicos representantes varones vivos de su dinastía, en segundo lugar, el inmenso imperio que debía gobernar sufría continuos ataques en las Galias y en la frontera persa, de la mano del rey Sapor II.

Galo fue desposado con Constancia, hermana del emperador. Constancia, una mujer ambiciosa encontró en Galo un perfecto aliado. El reinado de Galo está rodeado de ciertos desmanes y, sobre todo, de conspiración; una falta de previsión alimentaria, con la consiguiente subida de precios, acompañada de un cierto toque de crueldad hacia sus súbditos —e, incluso, hacia sus hombres de confianza— convirtieron a Galo en un César muy impopular. Constancio, temeroso de Galo le ordenó presentarse en Milán pero el César lejos de acudir a la capital del imperio occidental, pensaba proclamarse Augusto de Oriente. La única llave para la conciliación entre ambas partes era Constancia, pero cuando la hermana del emperador se dirigía a Milán en el otoño de 354, murió de fiebre. La guerra era inevitable. Pero le faltó algo fundamental: el respaldo completo de sus hombres. Arrestado por el conde Barbaso⁴ en Austria fue ejecutado tras un proceso al menos dudoso; el 9 de diciembre de 354 le cortaron la cabeza por orden del emperador y su cabeza fue expuesta al escarnio público en todas las ciudades de Oriente.

Juliano decidió ingresar en una orden religiosa de Nicomedia —movido por la necesidad de sobrevivir y como muestra a su primo de sus escasas ambiciones políticas— pero el 1º de enero de 355 fue ordenado su arresto. Un asceta como Juliano saboreó de la vida apartada del monasterio en el que ingresó y en el que se dedicó durante las seis semanas que permaneció en él a sus estudios filosóficos.

⁴ El conde había sido comandante de su guardia.



Un piquete del ejército condujo al nobilísimo Juliano a Nicomedia, Constantinopla y, desde la capital del Oriente, emprendió el camino hacia Milán. Y allí encontró una firme aliada: la emperatriz Eusebia. En la capital de Occidente se debatió acaloradamente sobre la culpabilidad o inocencia de Juliano. La intercesión de la augusta permitió que Claudio Juliano pudiese trasladarse a Atenas en agosto de 355, donde continuó su formación humanística y aumentó su fascinación por los monumentos del pasado. Es posible que allí conociese a una joven llamada Macrina, con la que descubrió los secretos del amor y con la que compartió su vocación: el estudio de los clásicos.

Meses más tarde un mensajero imperial le hizo llegar en Atenas la orden de partir hacia Milán y a mediados de octubre se instaló en el divino palacio. Tras una espera agonizante y llena de incertidumbres —Juliano desconocía el motivo de su llamada, por lo que llegó a temer por su vida— Constancio II le comunicó su decisión de nombrarle césar de Occidente, siempre bajo el influjo de la emperatriz Eusebia. Todo estaba preparado; Juliano se casaría con Helena, hermana del emperador y de esta forma Flavio Claudio Juliano fue proclamado césar el 6 de noviembre de 355, con la consiguiente aclamación de las tropas.

La decisión de Constancio estriba, fundamentalmente, en la inseguridad de las fronteras en Occidente que sufrían continuas incursiones de tribus bárbaras y, sobre todo, una seria amenaza del imperio persa en las fronteras orientales. Es significativo que el nombramiento de Juliano se realice como césar de Occidente; Constancio II consideraba a su primo un inexperto en el arte de las armas —y así era— y temía un ataque por la frontera oriental de Sapor, al cual debía enfrentarse personalmente el emperador del imperio romano.



El César Juliano

Juliano se había convertido en un corpulento joven que, según las descripciones de la época, no poseía la belleza de su hermano Galo; aunque poseía unos ojos interesantes la naturaleza le había dotado de un cuerpo rechoncho y de poca altura, un mentón Flavio y una enorme boca con un labio inferior bastante grueso⁵. Por otro lado, su nueva dignidad no le permitía tener el aspecto de un filósofo: en el sagrado palacio le cortaron el pelo, le afeitaron la barba —posteriormente volvería a usarla— y le vistieron con uniforme militar.

Rápidamente intentó rodearse de sus amistades más cercanas. Acompañaron al nuevo César el eunuco Euterio, Oribasio de Pérgamo, médico del Augusto así como sus antiguos amigos Prisco y Máximo, aunque pronto conocería otros personajes fundamentales en su actuación como César de Occidente.

El 13 de noviembre de 355 se casó con Helena; una boda que se limitaba a cumplir con los deseos de Constancio y Eusebia. La unión pasó desde una indiferencia de ambos en los primeros años a una amistad y cariño progresivo, sin llegar al enamoramiento pasional. Dos abortos sufriría Helena que dejaron a Juliano sin descendencia⁶.

Sin experiencia y con unas tropas muy limitadas, partió para las Galias, donde debía terminar con las incursiones bárbaras. El rey germano Chnodomar había tomado la ciudad de Colonia y también la zona del Rin. Pronto se daría cuenta en sus nuevos dominios que el mando real había sido conferido por Constancio al prefecto del pretorio de la Galia, Florencio y ese hecho era una dificultad añadida. Lo cierto es que las incursiones de los bárbaros en las Galias estaban provocadas fundamentalmente por la cooperación que había

⁵ Ammiano Marcelino en su descripción sobre Juliano, hace referencia a todos estos aspectos. La referencia grotesca de Juliano que hace Gregorio Nacianceno en su obra, nada tiene que ver con la realidad. El descubrimiento de un busto del emperador en Jerusalén, se ajusta más a la descripción del historiador.

⁶ Algunas voces se hacen eco de una serie de estratagemas urdidas por la emperatriz para interrumpir sendos embarazos.



solicitado de ellos Constancio para doblegar a Magnencio, algo que les permitió conocer a la perfección estas tierras.

Durante el primer año de estancia en la Galia Juliano se preocupó por aprender todas las artes referentes a la guerra. Entre finales de 355 y los primeros meses de 356 Florencio ignoró al César y éste se dedicó a explorar su territorio, conocer sus gentes y a profundizar en el arte de la guerra, algo que no le resultó muy difícil ya que se reveló como un militar de grandes dotes.

Su primer encuentro con el enemigo fue en Aquitania; en una de sus expediciones de reconocimiento fue emboscado por las fuerzas germanas a las que doblegó sin dificultad. Este primer encuentro con el enemigo dotó al César de confianza y se vio con las fuerzas suficientes como para planear otras campañas exitosas junto a su asesor militar Salustio, hombre refinado, culto e inteligente que se convirtió en su mano derecha, desde el punto de vista militar.

Su siguiente éxito fue Autun, el 26 de octubre, que fue rendida fácilmente e inmediatamente después sostuvo una batalla en Brumath que, según el análisis de historiadores posteriores, se había desarrollado de una forma ejemplar, considerándose como modelo del arte de la guerra. Incluso supo rechazar con éxito un ataque a sus cuarteles de invierno de la ciudad de Sens.

En el año 357 los bárbaros sitiaron Lyon y nuevamente Juliano salió airoso. Se acercaba la gran victoria que ansiaba el César. El 14 de agosto 13.000 soldados de las legiones romanas se enfrentaron a más de 30.000 de los ejércitos de Chnodomar en las afueras de Estrasburgo. Unos 6.000 germanos perdieron la vida frente a 247 legionarios. La Galia había sido pacificada y el caudillo Chnodomar apresado, encadenado y enviado como trofeo al Augusto.

Juliano trasladó su corte a París, una de sus ciudades preferidas. La salud de Helena había empeorado significativamente desde los abortos sufridos. Desde el punto de vista de la gestión del gobierno, una de sus



medidas más populares fue la suspensión de una subida de impuestos patrocinada por el prefecto del pretorio, disposición que le enfrentó claramente con Florencio. Juliano había estudiado pormenorizadamente tal incremento y no observó necesidad alguna de aprobar esta propuesta que llenaba las arcas estatales pero empobrecía más a los súbditos de las Galias.

Por otra parte en Oriente, donde se encontraba el emperador, las fronteras se veían nuevamente hostigadas por el rey de los persas. En 359 Constancio II había recibido una carta en uno términos muy desafiantes:

“...Sapor, rey de reyes, hermano del Sol y la Luna, envía saludos...

...Vuestros mismos autores son testigos de que todo el territorio entre el río Struma y las fronteras de Macedonia perteneció en otro tiempo a mis antepasados, pero puesto que me complazco en la moderación, me contentaré con recibir Mesopotamia y Armenia, que fueron arrebatadas fraudulentamente a mi abuelo. Os advierto de que si mi embajador regresa con las manos vacías, empezare una campaña contra vosotros con todos mis ejércitos tan pronto como acabe el invierno...”

El emperador se daba cuenta de que se enfrentaba a una peligrosa provocación que debía ser contestada. A este problema debemos añadir el fallecimiento de la emperatriz. La diosa Fortuna no sonreía a Constancio tanto como a Juliano.

El emperador, temeroso de Sapor —quizá también de Juliano— le reclamó en enero de 360 al César la mayoría de sus tropas de elite. Este hecho enfrentó a ambos primos hasta el punto del conflicto civil. Juliano había prometido a sus tropas que jamás saldrían de la Galia⁷. Tras varias reuniones con sus generales, Juliano fue proclamado emperador “rebelde” por sus tropas acantonadas en París, a pesar de que, según su propio testimonio siempre permaneció fiel a Constancio II. Así lo atestiguan los escritos dirigidos al

⁷ Este hecho se convertiría a nuestro parecer en una estrategia más que en una realidad ya que Juliano efectivamente partió con posterioridad con sus tropas hacia Oriente.



augusto en el que son firmadas como César de las Galias. Debemos tener en cuenta el valor y la confianza en sí mismo que había adquirido tras las campañas contra los bárbaros, pero quizá las victorias también le habían otorgado cierta ambición y ansias de venganza hacia el asesino de su familia.

Mientras Constancio II reunía tropas contra Sapor en Cesarea, fallecía Helena en octubre de 360 a los 42 años. Juliano a sus 28 años decidió hacer un voto de castidad que duró hasta el fin de sus días⁸. En diciembre Constancio II volvía a desposarse con Faustina. En lo político también había disparidades; ambos se preparaban para algo inevitable: la guerra civil.

Tras algunas incursiones bárbaras en la Galia —patrocinadas quizá por Constancio— sofocadas tras doblegar al caudillo Vadomaro, el día 3 de julio de 361 Juliano decidió partir en campaña contra Constancio con sus tropas. En Viena las reunió y se encaminó con ellas para tomar Constantinopla. Pero nuevamente la Fortuna le sonrió; Constancio, víctima de una enfermedad estomacal complicada con fiebre falleció el 3 de noviembre de 361 a los 45 años. Se había preparado para salir al encuentro de su primo tras un período de relativa calma en la frontera oriental pero su vida se paró en la ciudad de Tarso.

Otro designio de la Fortuna: Juliano había sido nombrado oficialmente por Constancio legítimo heredero por medio de testamento otorgado a su favor. En Constantinopla se oficiaron los funerales oficiales en la iglesia de los Santos Apóstoles, y sólo después fue investido con la púrpura reservada para los emperadores.

Juliano II, divino Augusto del Imperio

Desde ese día Juliano jamás volvió a entrar en ninguna iglesia cristiana; este hecho pronosticaba la nueva política del Augusto con respecto a la religión

⁸ En palabras de Ammiano Marcelino, Juliano, con la castidad, se acercaba a las propuestas de los clásicos, dejando de un lado las pasiones carnales.



en el imperio. Pero su efímero gobierno también intentaba reformar otros aspectos de vital importancia para la regeneración del imperio.

En primer lugar ordenó una profunda **reorganización de la casa imperial** y un considerable recorte de gastos. Redujo al mínimo el servicio y eliminó por completo el influjo de los eunucos en palacio —Constancio II poseía cientos—. El poder de éstos se había convertido en una molestia para Juliano, al igual que algunos de los ministros del anterior agosto. Varios fueron condenados a muerte acusados de haber abusado en exceso de sus poderes.

Los historiadores reconocen sus **logros económicos**, administrativos y sus cambios dirigidos a una política más social y menos burocratizada. Intentó, por ejemplo, contener la subida de impuestos reduciendo los gastos del Estado, algo muy aplaudido por las gentes del imperio. Con fecha 29 de abril de 362, el emperador proclamó la exoneración de un *aurum coronarium*, así como una amnistía fiscal para las deudas de los contribuyentes menos favorecidos⁹. Juliano también reformó el sistema monetario, introduciendo nuevas monedas, de mejor calidad (revitalización del sistema monetario).

Pero uno de los puntos más controvertidos de su reinado fueron los edictos sobre la libertad de culto. La historia cristiana ha transmitido una imagen muy negativa por su paganismo, denominándolo *Juliano el Apóstata*. El 4 de febrero de 362 declaró la **libertad de culto**. Con este edicto pretendía que cualquier ciudadano pudiese adorar al dios que prefiriese, pero también pretendía desembarazarse de la preeminencia que ostentaba el cristianismo como religión oficial del Estado. Juliano estaba seguro que uno de los principales factores de decadencia en el imperio residía en la imparable expansión del cristianismo y su consolidación como poder paralelo al Estado. Revitalizar los antiguos cultos a los dioses tradicionales era, sin duda, volver a los momentos de esplendor de la antigua Roma, por lo que se dedicó a

⁹ Vid. SANTOS YANGUAS, Narciso, «Juliano y Teodosio: ¿la antítesis de dos emperadores» en *Memorias de Historia Antigua*, XV-XVI, (1995-1996) pág. 188.



recuperar y restaurar los viejos templos que habían sido desmontados y arruinados unos por el desuso, otros por los propios cristianos. Creía que la legalización de todos los cultos —incluidos arrianos, atanasianos, etc— conduciría al cristianismo a su propia autodestrucción. Asimismo, el 22 de febrero de 362 firmó un edicto que reducía el uso del transporte estatal al de los empleados públicos, por lo que quedaban exceptuados los obispos. La amistad con Libanio —contrario al cristianismo— pudo influenciar tales decisiones, teniendo en cuenta la breve estancia de Juliano en Antioquía, entre julio de 362 y marzo de 363. Ambos conservaron la amistad y mantuvieron la mutua admiración. El sofista veía en Juliano un modelo de conducta política y ética encarnada en el príncipe (*speculum principis*)¹⁰.

En septiembre de 362 publicó un edicto sobre educación por el cual no se permitiría a ningún maestro seguir su vocación religiosa sin obtener permiso del Consistorio de su ciudad. En definitiva Juliano con este edicto pretendía que ningún maestro cristiano enseñase a los autores clásicos ya que estaba enseñando algo en lo que no creía, en algunos casos distorsionando la realidad. Este fue uno de los edictos más controvertidos de su reinado ya que, incluso, se produjeron manifestaciones y disturbios por parte de los afectados. Algunos exaltados quemaron el 26 de octubre el templo de Apolo en Dafne. Inmediatamente, Juliano ordenó el cierre de la iglesia de Antioquía, y confiscó su orfebrería de oro.

No obstante y, por regla general, Juliano se comportó siempre con los cristianos como un emperador justo y sabio, abolió todas las leyes que premiaban a delatores por denuncias, a menudo infundadas y se negó a perseguir el cristianismo; jamás hostigó y encarceló cristianos por motivo de religión, sabía que a la larga, eso le otorgaría más fuerza.

¹⁰ Su amistad con Juliano le permitió interceder por su ciudad y por algunos notables caídos en desgracia. Vid. PEREZ GALICIA, Guillermo, *Retórica y Paideia en el Helenismo de la antigüedad tardía: las cartas de Libanio*, Tesis doctoral, Universidad de Salamanca, Salamanca, 2012, pp. 177-179. En esta Tesis podemos encontrar multitud de referencias a la amistad entre ambos.



Sin embargo la historiografía cristiana, como ya dijimos, ha demonizado tradicionalmente su figura. Juliano no podía comprender la ostentación de una religión basada en la igualdad y en la pobreza de su profeta. A San Gregorio Nazianzeno, antiguo compañero de Juliano en la Universidad de Atenas se le atribuyen las siguientes palabras:

“...No había muestras de un carácter firme en ese cuello singularmente dislocado, esos hombros encogidos y encorvados, esos ojos salvajes e inquietos, ese andar oscilante, ese modo altivo de pegar su prominente nariz, esas expresiones faciales ridículas, esa risa nerviosa e incontrolada, esa cabeza siempre inclinándose en señal de aprobación, y ese hablar vacilante...” y añade: *“...¡Oh cuánto mal se cría en este Joven al Imperio Romano!...”*

San Carlos Borromeo alegaba que “en cuerpos hermosos habitan también hermosas almas”. La Burla hacia la desafortunada estética de Juliano iniciaba una persecución histórica y parcial que dura hasta nuestros días.

Con respecto a la riqueza de la iglesia también se le atribuye una frase pronunciada en una de sus visitas a las iglesias junto a su tesorero el conde Félix al ver los cálices que habían regalado Constantino y Constancio: “...¡Mira de qué vasos se sirve el Hijo de María!...”. Si la frase es cierta, debemos observar, sobre todo en estas palabras, un claro gesto de desaprobación del despilfarro, una llamada de atención al exceso de riqueza de las iglesias. Hemos de recordar que Juliano era demasiado austero en sus formas y algo “tacaño”.

Otra de sus reformas giraba en torno a una **revitalización de las antiguas estructuras de gobierno**. A imitación del emperador Augusto recuperó la tradición de acudir al Senado de la ciudad donde se hallaba para participar en sus sesiones. Su formación intelectual —comparada seguramente a la de Claudio— le hacía concebir un Estado como el que consolidaran emperadores clásicos como Augusto o Marco Aurelio, resucitando los aires tradicionales de Roma. El emperador Juliano era consciente de que el imperio



estaba enfermo. El ejército estaba carente de moral, los empleados estatales seducidos por la corrupción y se estaba perdiendo la antigua *virtus* romana que conlleva la razón, el deber, el honor y la integridad.

Desde el punto de vista jurídico, intentó poner en marcha una revitalización del derecho romano antiguo, poniendo en valor textos jurídicos de difícil interpretación. Adoptó una reducción en el número de agentes *in rebus* y notarios y una ostensible simplificación del protocolo de la corte. Juliano intentó revitalizar la figura del Senado y, como ya habíamos dicho, acudía, siempre que podía, a las convocatorias del Senado de la Ciudad en la que permanecía. Intentaba con ello, atribuir mayores competencias a un estamento prácticamente testimonial, otorgando a los senadores mayor peso en las decisiones, como ocurrió en el caso de Constantinopla.

Aunque Ammiano Marcelino le reprochase su edicto sobre los maestros cristianos (Edicto *De Profesoribus*), en el **terreno educativo** tuvo la misma sinceridad que en otros casos. En su epístola Restos del Edicto sobre la Educación, incluye esta reflexión "...El que piensa una cosa y enseña otra a sus alumnos me parece que está tan lejos de la auténtica educación como de la honradez. Si lengua y pensamiento no estuvieran de acuerdo en las cosas de poca importancia, sería un mal, pero tolerable hasta cierto punto. Por el contrario, enseñar en materias de importancia lo contrario de lo que se cree, ¿no es acaso hacer de traficante y no de persona honrada? ¿No supone vivir como esas gentes miserables que recomiendan más lo que tienen en menos, engañando y halagando con sus elogios a los que quieren endosar, pienso yo, sus malas mercancías?...". En la misma carta, deja muy claro su pensamiento en materia educativa con una reflexión final: "...Para profesores y maestros ésta es la ley común. Pero yo no prohíbo la entrada en las escuelas a los jóvenes que quieran frecuentarlas. Pues no sería natural ni lógico cerrar el buen camino a los niños que no saben todavía a dónde encaminarse, y ella por miedo a hacerles seguir las creencias de nuestros antepasados en contra de su voluntad. A pesar de que sería justo, como se hace con los locos, curarles así,



incluso en contra de su parecer: a pesar de lo cual concedemos indulgencia a todos los que sufren tal enfermedad, porque, en mi opinión, lo que hay que hacer con los insensatos es enseñarles, y no castigarles...”

Por último, hemos de detenernos en su **política exterior** agresiva que pretendía la **pacificación total de la frontera oriental** tras sus éxitos en la frontera occidental. En 359 Sapor había tomado la estratégica fortaleza de Amida que controlaba los accesos de Asia Menor desde el Oriente. Era, por tanto esencial una ofensiva romana para tornar al antiguo *status quo*. Pero Juliano era más ambicioso y quería zanjar el problema invadiendo Persia y nombrando a un rey de su círculo, en este caso se trataba de Hormisda, hermano de Sapor II y su principal enemigo.

En febrero de 363 Juliano completó los planes que había desarrollado para la guerra contra los persas, y trasladó a Tarso sus cuarteles de invierno. Su ambicioso plan recordaba la gesta de Alejandro Magno al que Juliano admiraba y había estudiado con profundidad. Quería emular sus hazañas y devolver el esplendor al imperio Romano y estaba dispuesto a ello cuando llegase la estación cálida. El 5 de marzo Juliano partió a la guerra con apenas 80.000 hombres, dividiéndolo en dos cuerpos de ejército: 30.000 debían dirigirse hacia Armenia bajo el mando de Procopio y el duque Sebastián, en donde se nutrirían con tropas armenias como auxiliares. Desde allí tomarían la ciudad de Media y se dirigirían a Ctesifonte. Con el resto de las fuerzas Juliano debía recorrer el Tigris hacia el sur pero tenía una estrategia: volver sobre sus pasos hasta Calínico y presentarse en Ctesifonte en una maniobra sorpresa.

Como estaba previsto, puso en marcha su maniobra dirigiéndose hacia Calínico, desde allí, el 3 de abril llegó a Circesio, y el 6 a Zaita y Dura sin resistencia enemiga. A estos éxitos les siguió la toma de Anata (14 de abril); Sería el 23 de abril cuando el ejército imperial tomase contacto cerca de Macepracta con un grueso considerable del contingente persa, al cual venció. El 28-30 de abril rindió Pirisabora, y el 7 de mayo estableció campamento en Maogamalca para sitiar la ciudad, que dobló el día 11. El agosto se



preparaba para su ofensiva a la capital tras la sucesión de éxitos conseguida en pocos días.

El 25 de mayo Juliano encontró en la otra orilla occidental del Tigris al ejército de Sapor II —tres veces mayor que el ejército romano— y también contempló por primera vez las murallas de Ctesifonte. En una espectacular maniobra nocturna 4.000 hombres cruzaron el río como avanzadilla y posteriormente el grueso de las tropas imperiales se les unieron. Tras un duro enfrentamiento con el ejército persa —poseedor de una temible caballería y una sección de elefantes— el 27 de mayo Juliano lo derrotó, causó 2.500 bajas entre los persas —frente a 65 romanos— y obligó al resto a refugiarse tras las murallas de la capital.

El día 29 Juliano llevó su ejército a Abuzata. Allí recibió una embajada de Sapor que estaba dispuesto a negociar. Sapor siempre se mostró arrogante con el emperador Constancio II pero temía a Juliano. El rey persa sabía que desde Julio César ningún otro general había movido con tal astucia y rapidez sus tropas, por lo que le ofreció un pacto que cedía al imperio Romano toda la Mesopotamia al norte de Anata, reconstruiría la ciudad de Amida y sufragaría los gastos de guerra. Juliano rechazó tal propuesta.

Juliano decidió continuar adentrándose en Persia aún sin el apoyo de las tropas de Procopio y el duque Sebastián que inexplicablemente no habían llegado aún. El mes de junio de 363 se tornó aciago para el emperador Juliano. En el seno de sus tropas comenzó a cundir el descontento, escaseaban las provisiones y la moral cada vez era más baja. Procopio no daba señales de vida y sus generales se negaban a continuar el avance; por fin Juliano dio orden el día 15 de regresar a Roma.

El día 26 de junio en su retirada hacia el Tigris, un ataque sorpresa a la retaguardia sorprendió al ejército imperial. Juliano, lejos de amedrentarse, partió en ayuda de sus compañeros de armas peleando cuerpo a cuerpo contra el enemigo, pero la vanguardia también fue sorprendida. Había sufrido una



emboscada y una herida de lanza en su hígado terminó con su vida. La sorpresa del ataque no le permitió atarse la coraza. En la medianoche de ese día murió heroicamente Juliano; se dice que al morir murmuró: “tú has vencido, Galileo”.

Esta frase forma parte de mito; su frase se refería a Jesús y a que su muerte prematura le impediría cumplir su intención de derrotar el cristianismo y restablecer el paganismo. También se ha comentado que el lanzazo lejos de ser persa, pudo haberla lanzado un cristiano. Esas elucubraciones están al margen de la investigación histórica.

Muerto Juliano apenas con 31 años¹¹, sus hombres eligieron un emperador cristiano: Flavio Claudio Joviano. El nuevo emperador impaciente por llegar a su territorio firmó un acuerdo con Sapor humillante: Joviano devolvió a Persia los territorios que Narsés había cedido a Roma tras ser derrotado por Galerio, consistente en cinco provincias fronterizas y dieciocho fortalezas importantes. Igualmente los romanos se obligaban a no ayudar a Armenia contra un ataque persa, lo que suponía la imposición *de facto* de un rey elegido por Sapor II. A cambio Persia prometía 30 años de paz en esa frontera.

En Nibisis el cuerpo de Juliano fue enviado a Tarso para ser enterrado. Joviano restableció el cristianismo como religión oficial, aunque de forma inesperada falleció el 16 de febrero de 364. La continuación de emperadores que el sucedieron presagiaban el fraccionamiento del imperio de una forma más efectiva y clara: división militar, administrativa y económica, hasta la total desaparición del imperio occidental.

Conclusiones

El breve gobierno de Juliano II es uno de los más intensos, carismáticos y apasionantes del siglo IV, como representante y artífice de la reacción del

¹¹ Eutropio así lo constata en su obra *Breviario de Historia romana*.



romanismo clásico. Su admiración por el neoplatonismo, termina por dominarle y ello le lleva a regar su pensamiento político, de sus ideas filosóficas.

Juliano es el prototipo de *vir profecto heroicis connumerandus ingeniis*, tal como lo denominó Ammiano Marcelino, y consciente de ello, el emperador se comporta como tal. Su paganismo es más una coartada a su declarado recelo al creciente cristianismo y, a partir de este pensamiento, Juliano II realiza cambios drásticos en su administración. Este hecho le llevó a convertirse en un enemigo declarado de los cristianos; tras su muerte, la nueva religión del Estado terminó por enterrar su período y “bautizarle” con el sobrenombre de “Apostáta”, estigma que ha llevado su figura hasta nuestros días.

Sus “Cartas” y “Discursos” son una magnífica herramienta para el análisis de su carácter. Su virtud con la pluma nos muestra un Juliano refinado, culto, elegante en la retórica, consciente de su papel en el destino de Roma. En el citado epistolario, se observa palmariamente su condición de acérrimo seguidor de los clásicos, con alusiones permanentes a los mismos y a los dioses del panteón tradicional. Asimismo, su intercambio epistolar con Libanio nos muestra un emperador que escucha –a través de sus canales de confianza– y resuelve justamente cualquier litigio que le presenten. Justicia y prudencia son dos axiomas inseparables en su mandato.

Juliano estaba plenamente convencido que la religión debía permanecer supeditada al poder político. De hecho, rehabilitó el abandonado título de *pontifex maximus*, reorganizando un colegio sacerdotal en el cual los más ancianos ostentaban el poder. Intentaba con ello debilitar la posición preponderante del cristianismo de la vida pública, consciente de la creación cristiana de una estructura paralela al estado muy peligrosa para la estabilidad institucional.

Para concluir, debemos resaltar que el emperador Juliano, concebía la reestructuración del poder imperial como una herramienta en favor de la



regeneración del Imperio. Hemos podido comprobar la puesta en marcha de un auténtico proyecto regenerador a través del cual propuso la reestructuración interna de la casa imperial, la modernización de la justicia, la reorganización educativa, la ampliación y modernización de las bibliotecas y, sobre todo, la demostración a sus enemigos del poderío romano, con el afianzamiento de sus fronteras y la ofensiva contra los enemigos tradicionales del Imperio.

El reinado de Juliano fue, en palabras de Narciso Santos Yanguas “una especie de bocanada de aire fresco en el ámbito general de la crisis que atenazaba al Imperio en aquella época”. Desde nuestro punto de vista, su muerte se ha convertido en uno de los puntos de inflexión y de no retorno hacia la decadencia y desaparición del Imperio Romano. Fue el último intento de recuperación del romanismo clásico, en pro de una regeneración imperial abocada a la autodestrucción.

BIBLIOGRAFIA

AMIANO MARCELINO, *Rerum Gestarum Libri*. En este caso, hemos manejado la edición de CASTILLA, F. Norberto, Editorial Hernando, Madrid, 1895

ARCE MARTÍNEZ, Javier, «La tumba del emperador Juliano», *Lucentum*, 3 (1984), pp. (181-191)

ARCE MARTÍNEZ, Javier, «Los cambios en la administración imperial y provincial con el emperador Fl.Cl. Juliano (362-363)», *Hispania Antigua* 6 (1976), pp. 207-22

BIDEZ, J., *La vie de l'empereur Julien*, París, 1930.

BLAZQUEZ MARTINEZ, José María, «La Academia de Atenas como foco de formación humanística para paganos y cristianos. Los casos de Juliano, Basilio y Gregorio Nacianceno», *Gerion*, 19, (2001), pp. (595-628)

EUTROPIO, *Breviario de Historia romana*, Traducc. de Juan Martín Cordero, Amberes, 1561



GIBBON, E., *Historia de la decadencia y caída del Imperio romano*.

LIBANIO, *Libros Selectos*.

LÓPEZ PULIDO, Alfonso, «Libanio de Antioquía: continuidades y discontinuidades en el sistema educativo tardoantiguo», *ENSAYOS, Revista de la Facultad de Educación de Albacete*, 31, (2), Albacete, (2016) pp.(103-114).

MANGAS MANJARRÉS, Julio, *Constantino y sus sucesores: la conversión del Imperio*. Historia del Mundo Antiguo Vol. 59, Akal, Madrid, 1990.

MUÑIZ GRIJALVO, Elena, «El ideal imperial en la obra de Libanio», *Habis*, 31 (2000) pp. (355-363).

NACIANCENO, GREGORIO, *Cartas y Oraciones selectas*.

NULLE, S., «Julian Redivivus» en *The Centennial Review*, V, 3

PEREZ GALICIA, Guillermo, *Retórica y Paideia en el Helenismo de la antigüedad tardía: las cartas de Libanio*, Tesis doctoral, Universidad de Salamanca, Salamanca, 2012.

QUIROGA PUERTAS, Alberto J., «Las dos Antioquías», *Polis* 17, (2005) pp. (135-152)

SANTOS YANGUAS, Narciso, «Juliano y Teodosio: ¿la antítesis de dos emperadores» en *Memorias de Historia Antigua*, XV-XVI, (1995-1996) pp.(183-213).

***Historia Digital*, XVII, 30, (2017). ISSN 1695-6214**

© Mariano Caballero Espericueta, 2017

